

La cultura medio-oriental, nuestra asignatura pendiente

FEDERICO CORRIENTE
Universidad de Zaragoza
Real Academia Española

Resumen. Los estudios tradicionales de préstamos árabes al castellano y otras lenguas hispano-romances, como los excelentes de Dozy/Engelmann y Eguílaz y Yanguas, hasta llegar a la última contribución importante y relativamente reciente fuera de España, la de Kiesler, se han centrado casi siempre en voces registradas por la literatura medieval y moderna, con escasa atención al patrimonio oral. Sin embargo, los estudios de árabe andalusí y los escasos testimonios gráficos de su folclore, junto a los esfuerzos de las últimas décadas en calcular el alcance de su influencia en sus homólogos castellanos, catalanes, gallegos y portugueses, han permitido detectar y atribuir a sus etimologías árabes un considerable número de voces, expresiones y partes de canciones, usadas a diario por todos, a pesar de su oscuridad y falta de transparencia en cuanto a verdadero sentido y origen lingüístico. Este artículo se propone explicar algunos de esos casos, atribuyéndolos, al menos en parte, a la influencia de ayas y arrieros moriscos, que transmitieron sus dichos a los vecinos cristianos.

Palabras clave. Contacto lingüístico, préstamos árabes a las lenguas hispano-romances, origen árabe de voces, expresiones y fragmentos de canciones en castellano, catalán, gallego y portugués.

Abstract. Traditional studies of Arabic loanwords in Castilian and other Hispanic Romance languages, such as the excellent works of Dozy/Engelmann and Eguílaz y Yanguas, down to the last significant and relatively recent contribution outside Spain by Kiesler, have most of the time dealt with items recorded in writings of medieval and modern times, and paid little or none attention to oral heritage. However, the studies of Andalusí Arabic and the few remaining witnesses of its folklore, in connection with renewed efforts in the last decades to gauge the extent of its influence upon its Spanish counterparts, in Castilian, Catalan, Galician and Portuguese, have allowed the detection and attribution to its etymological Arabic origins of a large number of lexical items and expressions and parts of some songs, used by everybody every day in colloquial speech, but dark or thoroughly

inexplicable, as far as their original meaning and linguistic background are concerned. The main goal of this paper is to explain those cases and attribute them, at least partially, to the role of Moorish nurses and mule-drivers, who transmitted their peculiar jargons to their Christian neighbours.

Keywords. Linguistic contact, Arabic loanwords in Castilian and other Hispanic Romance languages, Arabic origins of lexical items, expressions and parts of songs in Castilian, Catalan, Galician and Portuguese.

Se nos viene sugiriendo, y nos ha parecido preferible hacerlo ahora desde una perspectiva lúdica, utilizando datos irrefutables, pero sobre todo el buen humor, decir a nuestros compatriotas que aún puedan o quieran ignorarlo, que la lengua, la cultura y la personalidad españolas actuales no son una mera continuación de ingredientes exclusivamente europeos, Grecia, Roma, cristianismo, en la medida en que este llegó a europeizarse, tribus germánicas y otras, etc., sino que, además, albergan un fuerte componente semítico, en alguna parte hebreo, pero predominantemente árabe, y traído por el Islam, aun sin ser siempre de su cuerda. Ese ingrediente, al que llamaremos medio-oriental, porque tiene componentes desde egipcios y mesopotámicos hasta anatólicos, ha resultado indeleble y característico, hasta límites que no todos pueden imaginar o aceptar, y que otros tratan de minimizar pensando, a veces bienintencionadamente, que esas cosas eran normales «entonces», en la Edad Media, y que no han condicionado seriamente nuestra abrumadora occidentalidad, marcada por la Reconquista o rechazo casi integral precisamente a dicho componente, la conquista y colonización americanas, nuestra gran empresa de proyección universal, y la tormentosa relación con la Europa transmontana.

Desde luego, pocos españoles cultos ignoran que todas nuestras lenguas romances albergan algunos centenares de palabras árabes, y esto no solo en el caso de las más meridionales, castellano y portugués, sino incluyendo también desde el gallego *ceibe* ‘libre’ (< ár. and. *sáyib* ‘suelto’)¹ a la sabrosa *escalivada* catalana (< ár. and. *qalíb* ‘brasa revuelta para asar’). Pues aquí no hubo reductos «puros», aunque los mismos académicos se hagan un lío con el número de los arabismos², cosa realmente secundaria, pues lo importante no es cuántos son, sino cuáles y qué conceptos expresan, y estos no son precisamente meros neologismos, designaciones de nuevos

¹ Vid. Corriente (2003: 280, s. v. *ceiba*, y 206-207, s. v. *alqueive*; 2008: 166 y 225).

² Asunto este, así como otros de naturaleza estadística, competentemente tratado por Kiesler (1994).

productos, sino a menudo voces del núcleo léxico central del idioma, llevadas adonde no llegó la espada del Islam por los mozárabes, cristianos arabizados en lengua y cultura, con la que revitalizaron y civilizaron a sus agrestes correligionarios que resistían en el Norte, llevándoles la educación que, a la postre, les daría la victoria. Los aun algo mejor informados saben que la primera literatura castellana en prosa, impulsada por Alfonso X, estuvo casi exclusivamente constituida por traducciones del árabe, que de esta lengua también hubieron de servirse los europeos que en la Baja Edad Media quisieron conocer la cultura y las ciencias clásicas, casi extinguidas por los bárbaros del Norte y la enemiga del cristianismo precarolingio, bibliófobo e iconoclasta, y que la supremacía cultural islámica, científica y técnica, que no moral ni espiritual, no empezaría a atenuarse hasta el Renacimiento que, incidentalmente, tampoco hubiera sido posible sin esa fase anterior que lo preparó entre los siglos XII y XIV.

Por hablar solo de elementos materiales, que todo el mundo entiende, hace unos diez siglos los europeos habían prácticamente olvidado cómo hacer grandes obras de arquitectura, aunque empezaban a utilizar la teja por algo llamada árabe para techar edificios menos solemnes; vestían y calzaban toscamente, salvo los privilegiados que podían pagarse importaciones orientales; tenían una dieta pobrísima, no solo en carnes, sino también en frutas y verduras, por no hablar de condimentos; andaban muy escasos de medicina, música y diversiones, que hubo que importar del vecino meridional; y, ¡oh dolor!, aún no sabían hacer alambiques para destilar alcohol con que alegrar sus grises ocios: como en las tabernas más ínfimas y tristes, aquí no había sido vino o cerveza. Por supuesto, ninguna de estas cosas fue inventada, ni siquiera siempre admitida por el Islam, pues las religiones no se ocupan del bienestar material de sus seguidores ni, mientras son algo sensatas, tratan demasiado de impedirlo, pero llegaron a Europa traídas por gentes de sus aledaños, y no siempre los más ortodoxos pero que, eso sí, musulmanes, judíos o cristianos más o menos convencidos o fingidos, desde un principio habían tenido la lengua árabe como su vehículo principal de expresión, haciéndola una de las solo cinco que han sido universales durante más de mil años, junto al griego, latín, sánscrito y chino. No hubo otras y, de momento, tampoco las iguala ninguna más moderna.

Sin embargo, son muchos los españoles, o simplemente, occidentales, a los que les cuesta reconocer esa deuda. Recordamos una anécdota protagonizada nada menos que por don Claudio Sánchez Albornoz, historiador brillante y muy meritorio, así como hombre de honor, que prefirió el exilio al servicio de una dictadura, pero entre cuyos méritos no entraba una

perfecta ecuanimidad en su aceptación de los ingredientes de la cultura hispánica. En el año 1981 publicamos dos profesores de la Universidad de Zaragoza la traducción de un volumen del fundamental historiador andalusí Ibn Ḥayyān³, que arrojó luz sobre centenares de cuestiones de nuestra historia medieval, y secuencias. Pero de todo cuanto allí se daba a conocer, que no era solo historia, sino también literatura, sociología, numismática, filosofía, religión, etc., etc., a don Claudio le llamó particularmente la atención una lamentable anécdota de la crueldad de ‘Abdarrahmān III, en ese caso, contra una esclava de su harén que lo había ofendido y a la que hizo decapitar, lo que le servía al gran profesor para advertir a las españolas actuales del peligro de simpatizar con el Islam y contribuir a volverlo a traer a nuestras tierras. «¡Ojo, andaluzas!», se llamaba el artículo y, con las inevitables diferencias de nivel cultural, compartía el espíritu de una llamada telefónica que recibimos, en otra ocasión, tras publicar un artículo sobre los arabismos del aragonés, en que se nos acusaba de «estar contribuyendo a volver a traer la dominación islámica». Ya se sabe, se empieza reconociendo méritos al enemigo y encontrando gracia a estas cosas, y se acaba retajado y enturbantado, privado de jamón, vino y sepultura en sagrado.

Pero no hablemos de lo que pasó hace tantos siglos, y cómo se lo toman algunos, porque nos hemos prometido hacer este trabajo desde un ángulo tan divertido como sea posible, y no hay chistes tan longevos. Lo que vamos a contar, porque no lo sabe casi nadie, ni los que se consideran más cultos, y resulta mucho más revelador curiosamente que unos centenares de vocablos y unos miles de progresos técnicos, de tan vistos y disfrutados ya olvidados, es que hay dos cosas muy actuales de nuestra cultura, y tan características que nos distinguen del resto de Occidente y nos acercan muchísimo a nuestro pasado no tan lejano, compartido con el mundo árabe: a saber, nuestro folclore —incluida su porción infantil—, del que es parte nuestro refranero; y nuestro sistema de ternos, léase tacos, entre los que abundan las palabras que constituyen tabú lingüístico que, rogamos se nos disculpe, nos vamos a permitir violar alguna vez, por exigencia del guion.

Por empezar con las llamadas palabrotas, ternos o tacos, un sector mal visto de nuestra lengua, a menudo de indudable mal gusto, pero sin el que parece no nos sabríamos desenvolver en nuestra charla cotidiana, hace ya algunos años que publicamos un artículo (Corriente 1993: 282-291), en el que pasábamos revista a lo que había sucedido tras la conquista islámica y

³ Se trata de la *Crónica del califa ‘Abdarrahmān III an-Nāṣir entre los años 912 y 942 (al-Muqtabis V)*, editada por Viguera/Corriente (1981).

hasta el presente con los nombres de órganos sexuales, funciones sexuales o escatológicas, agentes y pacientes, con el resultado curioso de comprobar que el árabe andalusí había mantenido su vocabulario en esta área, pero también adoptado parte del romance, debido a que la crianza de los niños estuvo por algunas pocas generaciones a cargo de madres que en un principio conocían poco y mal el árabe, aunque, siglos más tarde, tras la Reconquista, el castellano recibiría a su vez parte de ese léxico, de origen romance meridional o árabe, pero que, en cualquier caso, le era ajeno, a veces traducido. Que *huevo* sea nombre vulgar del testículo en castellano, como en árabe vulgar (*baydah*), puede explicarse por una fácil metonimia que ha podido ocurrir simultáneamente en varias partes del mundo sin contacto en este punto, pero que lo que en árabe andalusí se llama *farḥ* ‘pollo’ sea lo mismo en castellano, con cambio de género, y en portugués *perú* (‘pavo’) no parece ser casual: para el mismo concepto, *zupo* y *cipote* son arabismos derivados del malsonante *zu/ibb*, en el segundo caso trufado con un sufijo aumentativo romance que denuncia una fase bilingüe. Algo similar sucede con el homólogo órgano femenino, que también recibió muchos nombres, a veces eufemismos sucesivos, como es característico de toda terminología tabú, árabe, protorromance u otra cosa, entre ellos el metonímico fitónimo catalán *figa*, calco semántico del eufemismo árabe ya clásico *tīnah*, y su homólogo exeufemismo castellano *chocho*, que pasó del protorromance al árabe y, al parecer, no a través de este, sino paralelamente al castellano (Corriente 2003: 287), algo parecido a lo que ocurre con *picha*, del andalusí *pīčča*, de origen bajo-latino (*ibid.*: 412), ambos actualmente desenfadados vocativos en la Bahía de Cádiz para dirigirse a mujer u hombre, respectivamente, en términos muy familiares, cosa que ya hacían los beduinos antes del Islam, coincidencia curiosa, diciendo *yā hanu*⁴. En cambio, cuando se usas sus equivalentes en otras lenguas, v. gr., inglés o francés, el término resulta gravemente insultante, con connotaciones de estupidez o fatuidad, que tampoco faltan en castellano a veces, como en el doble uso de *pijo*, o en las formas de *haba*, usadas en Aragón como *tonto (de)l haba*, y en las dos lenguas vernáculas de Valencia —dialeto valenciano del catalán y castellano— como *faba*.

⁴ En realidad, un antiguo demostrativo que, por eufemismo, vino a significar los órganos sexuales de ambos sexos, y llegar luego a ser tan obsceno en la acepción femenina que los gramáticos lo suelen omitir al mencionar los «seis» sustantivos de flexión especial, convirtiéndolos en «cinco» (*vid.* Corriente 1971: 120; 1993: 284, n. 7).

A este respecto, la presencia obsesiva de la vulva, concretamente de la madre, en el léxico tabú de los insultos del castellano, contrasta de nuevo con la ausencia de tal referente en las lenguas europeas exteriores a la Península Ibérica. Esta obsesión con la relación establecida entre la respetabilidad, léase honra de la mujer, en especial la madre, y sus órganos y relaciones sexuales, por mucho que nos suene a nuestra sociedad más conservadora y calderoniana, no parece haberse engendrado en los cercanos páramos de Castilla, sino en los de la lejana Península Árabe, como lo demuestra la similitud de las expresiones usadas, la pervivencia de algún término clave y su evolución semántica, a veces sorprendente, pero siempre con circunstancias coadyuvantes que apuntan al pasado islámico y arabófono, que los mozárabes, pronto arabizados, sin duda trasladaron a las tierras cristianas a las que emigraron y sacaron del atraso, dando a tales expresiones curso de siglos y condición de característica de la personalidad hispánica. Los diccionarios árabes más clásicos nos informan de que los beduinos de Arabia se insultaban de la forma más grave diciéndose *fī ḥiri ummika ayr* ‘en la vulva de tu madre hay un pene’⁵, lo que en Alandalús había sido abreviado a un escueto ‘la vulva de tu madre’, como es frecuente también entre nosotros hasta hoy, y evolucionado de insulto a expresión de admiración: ese es el origen de nuestro *caramba* (del andalusí *ḥírr úmmak*), aunque simultáneamente eufemismo de *carajo*, que lo ha contaminado fonéticamente en su primera parte, voz latina que tomaron los andalusíes del viejo romance hispánico. Pero hay más: dispensando el complemento, la mera vulva se convirtió en terno, algo que sonaba como *herre*, cuando no se usaba su traducción romance más vulgar, que aparece ya en una *ḥarġa* como KÓNNO (Corriente 1997: 302-303 y n. 95) y que los arrieros moriscos, segundos grandes transmisores de léxico y conceptos árabes a la sociedad hispánica tras la Reconquista, continuaron usando cuando ya hablaban casi exclusivamente castellano, como expresión de enojo o insistencia. Tal es el origen de nuestro *herre que herre*, que algunos escriben ya sin *h* y conectan equivocadamente con el nombre de la letra homófona; por el mismo motivo, se decía *entrar con haches y erres* del que recibía malas cartas en el juego, porque las saludaba con ese exabrupto de enfado, y

⁵ Vid. un testimonio poético, y no mera cita lexicológica, de este uso en Bencherifa (1971-1975: 434). También la frase árabe *umşuş bazra ummi + ka* ‘ve a chupar la vulva de tu madre’ parece haber engendrado el grosero reenvío castellano en idéntica dirección, en boca de arrieros moriscos y, luego, los demás de parecido registro.

no decir haches ni erres, que la Academia, generalmente displicente con lo árabe, interpreta como ‘no hablar cuando conviene’, pero que primero debió significar ‘no decir lo inconveniente’, o sea, tal grosera voz.

También es notorio el exagerado uso entre los ternos del castellano y otros romances hispánicos de reflejos del latín FŪTUĒRE, sin paralelo fuera de la Península Ibérica, en estructuras que a menudo resultan semánticamente incomprensibles. No nos referimos, claro está, a su uso como sinónimo vulgar de *perjudicar*, lo que se da muy a menudo también en otras lenguas, debido a una juntura semántica con la violación como forma extrema de humillación —por conquistadores o delincuentes— de mujeres y hombres, sino a su extraño uso como interjección de asombro o enojo, o sea, *¡joder!* o *¡jodo!* Una vez más, algo que oímos a diario en nuestras latitudes parece continuar los usos de la Arabia preislámica, en la que *ḥud* + *hu* ‘tómalo’ era la voz que acompañaba al golpe asestado al enemigo con intención mortífera que sonaba así, y que sigue sonando lo mismo o muy parecido en la mayoría de los modernos dialectos árabes: lo que era un grito de cólera evolucionó a interjección de asombro, que aquí fue entendida como el imperativo de aquel malsonante verbo, sustituible por el infinitivo, que hoy predomina. En algunas regiones de España, sin embargo, aún se oye la vieja expresión en su antigua total extensión *¡jodo, petaca!*, que refleja lo que en árabe (*ḥud* + *hu biṭāqa*) quería y quiere aún decir (‘¡tómalo, por fuerza!’), o sea, te guste o no, sin ningún sentido sexual⁶. Curiosamente, este es también el origen de otro vulgarismo nunca entendido, el castellano *¡manda huevos!*, en que se encuentran el andalusí muy deformado *atmattá* ‘disfruta(lo)’, y el viejo castellano *huevos*, o sea, por fuerza, como en el v. 83 del *Poema de Mío Cid*. Otras expresiones de germanías son *albaire* ‘testículo’ < andalusí *albáyḍa* ‘huevo’, *caire* ‘pago de la ramera’ < andalusí *qá’ida* ‘regla’, *bederre* ‘verdugo’ < andalusí *bidírra* ‘con azote’, *balhurria* ‘canalla’, antífrase del andalusí *balḥurríyya* ‘con nobleza’ y, simplemente de bajo registro, *gilipichi*, en principio ‘hermafrodita’ < andalusí *ḥírri píšši* ‘poseedor de vulva y pene’, y *paja* ‘masturbación’, a través del romandalusí, del latín PASCĒRE ‘apaciguar’.

Otro interesante ejemplo de las vueltas que pueden dar las cosas en el mundo clandestino del lenguaje tabú es la manera en que parece haberse

⁶ Recientemente nos informaba don Santiago Miralles, ministro consejero de la Embajada de España en Túnez, de haber oído a su abuelo, don Santiago Huete, de la región de Toledo, una variante, *¡jodo, minina!*, que reflejaría, suponemos, el andalusí *ḥud* + *hu mínina* ‘tómalo de nuestra parte’.

engendrado el giro *echar* o *pegar un polvo*, o sea, practicar un coito, que nos suena como totalmente latino, y fonéticamente lo es, como veremos, pero no por ello menos ininteligible si no tenemos datos que solo pueden venir de la cultura arabófona que hubo y sigue subyaciendo en las lenguas hispánicas en nuestros días. No hay tal *polvo*, como sustancia desmenuzada, sino una pronunciación viciada, muy característica de los moriscos, que no distinguían bien la /b/ y la /p/, de una palabra latina que conocemos bien, *vulva*, para nosotros cultismo, pero que debió ser vulgar en la Bética, porque pasó al andalusí *búlba* con ese mismo sonido (Corriente 1997b: 61), a veces perdiendo la marca de femenino, cambio de género no infrecuente en los órganos sexuales por polaridad (estudiada por la sociolingüística: cf. *pija*, *-o*, *figa*, *higo*, etc.). Los andalusíes decían en su dialecto árabe ‘ganarse una vulva’, de donde probablemente la sustitución por *pegar*, quizás de sustrato portugués, o sea ‘coger’, y por *echar* o *tirar*, que son verbos comodines en la formación de giros castellanos y de otras lenguas⁷. Otras veces un giro de origen árabe no ha sido considerado grosero, pero ha sobrevivido en forma opaca, sin ser entendido salvo globalmente, como *a trancas y barrancas* (del andalusí *atrakkán barrámka* ‘arrincónate con la yegua (para defenderte de enemigos superiores)’, *a troche moche* (del andalusí *tújib ma wajáb* ‘aunque exija ella cuanto sea debido’, dicho de las compensaciones onerosas por un divorcio muy deseado por el marido), *cháncharras máncarras* (del andalusí *ját jára ma ját jára* ‘que si vino una vecina, que si no vino’), etc.

En todos estos casos, el hecho de que los moriscos fueran un segmento dominado y desprestigiado de la población ha determinado el carácter de registro ínfimo de estos giros, al tiempo que influido poderosamente en su mantenimiento expresivo y característico dentro de él, que a menudo los acaba convirtiendo en exclamaciones (v. gr., *¡coño!*, *¡carajo!*, *¡joder!*, todos ellos latinismos, cuyo sentido expletivo actual, sin embargo, solo explica el uso árabe andalusí). Apenas se reflejarán tales voces en registros literarios durante varios siglos, pero, ahí han estado y ahí están, como testimonio poderoso de que las consecuencias culturales de Alandalús no se han agotado, ni sus aportaciones a la cultura hispánica, tanto las más solemnes y aplaudidas como las más desenfadadas y temperamentales, incluso groseras, que no nos caracterizan menos en una visión de conjunto.

⁷ En cuanto al vulgarismo *follar*, vid. su interpretación como calco semántico en Corriente (2003: 323).

En cuanto al refranero, es bien sabido, porque lo han estudiado sabios árabes como el egipcio Al-Ahwānī y el marroquí Binšārifa⁸, y entre nosotros García Gómez⁹, que buena parte de nuestros refranes son meras traducciones bastante literales de otros árabes, operación en la que el Marqués de Santillana, por ejemplo, tuvo bastante parte. Por ejemplo: *Cuando la barba de tu vecino veas pelar, pon la tuya a remojar* (< in ra'ayta liḥyata ḡārika tuntaf, iḡ'al liḥyataka fi lbalal); *Caballo que vuela, no quiere espuela* (< in ra'ayta ḥimāraka yamšī lā tazidhu naḥsa); *Al freír será el reír* (< idā ḡī'ta taqlī, sawfa tadrī); *En tierra de ciegos, el tuerto es rey* (< al'anqar fi bilādi l'umyi yusammā aba l'uyūn); *Más vale pájaro en mano que ciento volando* (< 'usfūrun fi lfumm ḥayrun mina l'iwazzi fi lkumm); *Hambre que espera hartura no es hambre ninguna* (< ḡū'un yuhaddidu biššab'i laysa ḡū'ā); *Cada cosa en su tiempo, y nabos en adviento* (< kullu šay'in fi waqtin ḥattā lballūtu fi yunayr); *Ojos que no ven corazón que no siente* (< man ḡāba 'ani l'ayni ḡāba 'ani lqalb); *En barbas de hombre astroso se enseña el barbero nuevo* (< yata'allamūna lḥiḡāma fi ru'ūsi lyatāmā); *Nace de la huerta lo que el hortelano no siembra* (< yanbutu fi lḡinān mā lā yazra'uhu lḡannān); *Nota que el jarro no es bota* (< laysa yuḡlaṭu fi zziqqi biqullah); y así más de un centenar de los refranes más usados hasta hoy.

Lo árabe tiene también su representación en los personajes míticos de la paremiología y el folclore, como la famosa *Axa* (= 'Ā'išah), generosa («*Axa* no tiene que comer y convida huéspedes»), terca («Si vos *Axa*, yo *Alí*») o deshonesto («*Haja* la enlodada, ni viuda, ni casada»), también reflejada en el refranero sefardí¹⁰, o en el mismísimo *Jaimito* de los chascarrillos procaces, que parece catalanizar el más primitivo portugués *Joãozinho*, fácilmente identificable con el *Ḡuḥā* de las tradiciones árabes, el de la «estaca de *Roa*», que estudiara Fernando de la Granja (1984). Bien es verdad que refranes y chistes fácilmente cruzan fronteras, traducidos por individuos bilingües y viajeros, pero las coincidencias de nuestro elenco paremiológico con el árabe son demasiadas para atribuir las a mera vecindad geográfica, sobre todo con los antecedentes conocidos de nuestros centenares de arabisismos y otros efectos de la convivencia secular.

⁸ No solo en su citada edición del refranero de Azzaḡḡālī, sino particularmente en su obra, *Tārīḥ al'amṭāl wal'azḡāl fi l'andalus walmaḡrib* [*Historia de los refranes y los cejeles en Alandalús y Marruecos*], publicada en 2006.

⁹ V. gr. García Gómez (1977: 375-390), dentro de una larga serie de artículos dedicados a paremiología hispano-árabe.

¹⁰ Vid. en Corriente (2000: 73-74, s. v. *Jāša*) las referencias a Martínez Kleiser (1953), Eguílaz (1886) y Nehama (1977).

No menos interesante y nutridamente representada es la contribución andalusí a la terminología hispánica de los juegos, nanas y canciones infantiles. Juegos como el *alquerque* (< ár. *alqirq*), especie de tres en raya, y el *recodín*, *recodán*, reconocimiento de disfraces desde posición inmóvil (< and. *raqidín húm*, *ráqid ánt* ‘echados están, echado estás tú’), ambos de origen persa, el *aleleví* (< ár. *yā alā llāʿibīn* ‘¡eh!, jugadores’) u *orí* (< and. *awrí* ‘haz ver’), o sea, el escondite; el *alhiguí* (< ár. *alhiq*, ‘alcánzalo’) o *alaluya* (< and. *ya ʿala llúl* ‘¡a la golosina!’), o sea, la rebatiña; el *gua* de las canicas (< ár. *zadwah*); el *zafaforate*, juego que ha sobrevivido en Navarra, en el cual se rivaliza en tapar agujeros en el barro con pellas de la misma sustancia; y el murciano *chinchemonete* o *chinchernetete*, o sea, el juego de pídola, estos dos últimos de nombre parcial o totalmente romance (< and. *şafá lfurāt* ‘se acabó el agujero o forado’, y *ČÍNĀ LOMBÍT / RENÍT ‘cñete los riñones / lomitos’), nos recuerdan que, así como la baraja parece invento judío localizable en el Rosellón para cumplir con la prescripción talmúdica de jugar y emborracharse en Purim, los niños de Alandalús durante mucho tiempo tuvieron también más y mejores juegos y juguetes que los del Norte cristiano, como es lógico en una sociedad más rica y variada y que, como vemos, tampoco fue exclusivamente monolingüe en árabe, sino que practicó simultáneamente el romance del sur hasta el siglo XII. La transferencia de estos términos parece atribuible, sobre todo, a las ayas moriscas, frecuentemente empleadas tras la Reconquista por los señores cristianos, lo que, como en el caso de sus correligionarios arrieros, titiriteros, músicos y juglares, y alguna que otra prostituta, como la *Lozana Andaluza* (vid. Corriente 2010: 51-72), dejó en manos de los segmentos ínfimos y residuales de la sociedad andalusí las últimas posibilidades de perpetuarse en palabras de registro bajo y costumbres populares dentro de la hispánica. Que fueron aprovechadas en cuanto se pudo.

Sin embargo, las grandes sorpresas de esa heroica resistencia a la desaparición por parte de dicha herencia las vamos a encontrar en nuestras canciones populares, casi siempre infantiles, en frases y conjuntos temáticos probablemente insertados por esas mismas ayas, cuando no sea toda la canción resultado de una traducción de originales que no nos han llegado.

Comencemos, al azar, por la canción «Elisa de Mambrú»:

A Atocha va una niña, *carabí*,
 a Atocha va una niña, *carabí*,
 hija de un capitán,
carabí, *hurí*, *carabí hurá*.

Prescindiendo del a primera vista opaco *carabí, hurí, carabí hurá*, el caso de esta canción es el de una hermosa niña, que muere enseguida, no se nos dice cómo, y es llevada a enterrar y, yendo en una caja de oro, con tapa de cristal,

encima de la tapa, *carabí*,
 encima de la tapa, *carabí*,
 dos pajaritos van,
carabí, hurí, carabí hurá.

La tragedia está servida, y ello permite inmediatamente entender las voces enigmáticas como las frases árabes andalusíes *kárbi urí, kárbi yurá* ‘mi desgracia está a la vista, mi desgracia se verá’. Si dejamos volar un poco la imaginación y nos fijamos en el motivo final, un cierto conocimiento de las costumbres y creencias árabes antiguas nos hace pensar, no en pajaritos canoros, cantando el pío, pío, sino en la lechuza ululante (*hāmah*) que, se creía, era en realidad el alma del asesinado, que clamaba venganza y no callaba hasta obtenerla. ¿Por qué dos pajaritos, si la muerta es una? Tal vez porque llevaba en sus entrañas una segunda criatura, y ello orienta la interpretación de la canción hacia el romance de un «crimen de honra»: la bellísima Elisa de Mamburú (¿o es ‘Ā’iša, hija de Mabrūk?), la del hermoso pelo, peinado con peinecito de oro y horquillas de cristal, ha sido seducida por un amante, tal vez el mismo cantor que se lamenta de su terrible desgracia, pero ha de dejar la venganza a poderes no terrenales, pues es su agraviado padre, el capitán Mabrūk, quien ha lavado su honor, con barbarie tan calderoniana como agarena. Cosas que pasaban y, por desgracia, siguen pasando, aquí y allá. Actual, mal que nos pese, como los abominables «crímenes de género». Pero, ahora, toda la canción tiene un sentido, y hasta una moraleja conforme a ciertas costumbres, a saber, que las muchachas han de cuidar su honra, y no poner a los hombres de la familia en tan duros trances. Y no hace falta ser multicultural, ni indiferente a la barbarie, para entender los contrapuestos sentimientos que entran en juego en esa tragedia.

La siguiente canción, donde algunas variantes tienen texto ininteligible, es una de las más populares entre las infantiles españolas, a saber, la del señor don Gato. En una de dichas variantes el texto reza:

Sentado en silla de oro
 estaba el señor don Gato
 con unas medias de seda
 y unos zapatitos blancos:
ate y ale pum, ate y ale pum.

A continuación recibirá una interesante propuesta de boda, que le produce tanta alegría que se cae y sufre un serio accidente del que, mal tratado por médicos, muere. Posteriormente, cuando le llevan a enterrar «por la calle del pescado», al olor de las sardinas, «el gato ha resucitado», que para eso tienen ellos siete vidas. Esta versión no ofrece más problema que la frase enigmática que, nos parece, vuelve a entenderse muy bien en árabe andalusí: *até iléh búm* ‘le vino un búho’, habitual heraldo en el folclore árabe de las malas noticias, y en realidad lo era, bajo apariencia de boda prometedora, puesto que el anuncio produjo tan fatal desenlace. Pero más llamativa, como confirmación definitiva de que el contexto folclórico es árabe, si nos equivocáramos en esa dirección, es la versión alargada en una de cuyas estrofas el gato tiene tiempo de hacer un extraño testamento en que dice:

Madre mía, si me muero,
no me entierren en sagrado,
ponedme en un campo verde,
donde paceré a mi agrado.

Este tema es familiar a los conocedores de la literatura árabe, tanto la preislámica como la posterior, y no puede estar ahí por azar. Son casi las mismas palabras del poeta preislámico Abū Miḥḡan, de la tribu de Taqīf:

Cuando muera, entiérrame junto a una viña, cuyas cepas rieguen mi alma tras mi muerte.

No me entierres en desierto, pues temo que cuando muera, ya no podré probarlas.

Fue imitado por el persa universal ‘Umar Ḥayyām en sus *rubā‘iyyāt*, por el cordobés Ibn Quzmān en su cejel núm. 90/5-6:

Cuando muera, mi modo de enterramiento
sea yacer bajo las cepas en viña,
pámpanos juntadme de mortaja encima,
y a la cabeza un turbante de sarmientos.
El demonio convoque allí a todo amigo:
invocádmelo tanto sentados como de pie,
y quien coma racimo de uvas,
entierre en mi tumba el escobajo¹¹,

y hasta a lo divino por algún místico:

¹¹ *Vid.* nuestra traducción en Corriente (1996: 245 y n. 4).

Enterradme bajo mi cepa, muerto pero sentido:
 repetidme su nombre, que es mi anhelo la hija del racimo,
 hacedme de sus pámpanos mortaja, y fúnebre ablución
 de su jugo y, claramente a sus pies, cavad mi tumba
 (atribuido al granadino Aššuštārī, núm. *3*, pp. 143 y 296)¹²,

antes de llegar a nuestro clásico tabernario:

Cuando yo me muera,
 tengo ya dispuesto
 en mi testamento
 que me han de enterrar
 en una bodega,
 dentro de una cuba,
 con un grano de uva
 en el paladar.

Pero actualmente sabemos que todo arrancó de una interpretación árabe pagana de la costumbre de los etíopes cristianos, incluso los emigrados a Arabia, de plantar viñas en sus tumbas, simbolizando su fe en la resurrección, puesto que los sarmientos rebrotan cada primavera, pero entendida por los beduinos burdamente, como propósito de garantizarse el grato vino hasta ultratumba. Nuestro gato, pues, hereda un antiguo y polifacético bagaje cultural, y el morisco que introdujo aquí este motivo era, sin duda, una persona compleja y hasta algo contradictoria a quien, por una parte, no apetecía el panorama de una sepultura en el cementerio de los cristianos y, por otra, no le desagradaba la perspectiva de una eternidad con vino, cuyo consumo, particularmente por los musulmanes en Alandalús, nunca pudo impedirse, por mucho que lo intentaran los ortodoxos, responsables, con todo, de la sustitución de la vid por el campo verde.

En cuanto a *nanas*, sector poco estudiado de la cultura popular, hemos recientemente sugerido que una expresión como *nana, nanita, ea* refleje el árabe andalusí *nám inta nam, áya* ‘duérmete tú, duerme, ea’.

Pocos españoles desconocerán el estribillo de la canción infantil «Yo tengo un castillo, ¡matarile, ríle, ríle!» («¿Dónde están las llaves [...], en el fondo del mar [...], ¡matarile, ríle, ríle, ro, chimpún!»), pero no se les ocurre preguntarse qué quieren decir esas voces extrañas o por qué estas canciones infantiles suelen tener esas frases sin sentido. Conviene hacerlo, y resulta que en este caso, ante la pérdida de las llaves, necesarias para

¹² Vid. nuestra traducción en Corriente (1988: 245 y n. 4).

entrar en el castillo, se recurre a una manera de encontrarlas, algo así como la promesa a san Antonio o a san Cucufato entre nuestras abuelas. No se menciona por su nombre —no hay que olvidar que la Inquisición vigilaba a los moriscos y perseguía prácticas heterodoxas, sobre todo en las comunidades que consideraba más sospechosas—, pero es obvio que se recurre a un adivino o, en designación árabe, *zahorí*, masculino o femenino, como los mencionados varias veces en las *harağāt* de siglos anteriores¹³, el cual o la cual se toman su tiempo antes de emitir veredicto, haciendo los necesarios cálculos astrológicos, y provocan el apremio en árabe andalusí: *ma tarí li, ríli, ríli, rúd, ġíd*, BÓN, o sea, ‘lo que vas a adivinar, adivínamelo, adivínamelo, contesta; bien, bueno’, la última palabra en romance, una vez más apuntando al bilingüismo reinante entre los moriscos, o incluso sus antepasados muladíes. Algunas versiones son un poco más largas, y empiezan con *ambo, hato*, que parece corrupción de *a mu‘aṭṭal* ‘¡so lento!’.

¿Quién no conoce la canción popular de «las ovejuelas»? Estas ovejuelas que se cuidan solas, no necesitando pastor, personifican a la muchacha atrevida que pide al amante que no vaya a ningún sitio sin ella, y que se la lleve, lo que resultaba totalmente procaz en las sociedades conservadoras de no hace tantos años, a ambos lados del Mediterráneo. Pero, ¿dónde está la pista islámica o, digamos mejor, morisca? Como siempre, en la palabra a primera vista ininteligible y en los temas reconocibles en la lírica andalusí de siglos anteriores, en este caso, la referencia similar de la *harğā* núm. 24 de la serie hebrea («Si te cuidases de mí, hombre de bien, me llevarías contigo»)¹⁴ y del estribillo «*acitrón*, tira del cordón», que cierra cada estrofa, y que escapa a nuestra comprensión actual, en principio. A menos que recordemos la *harğā* de un *muwaššah* andalusí, que hace años editábamos así:

Deja mi brazalete,
y aflójame el cinto,
mi amado Aḥmad,
sube conmigo a la cama,
timidón mío,
acuéstate desnudo¹⁵.

¹³ V. gr. la adivina de H2 (vid. Corriente 1997a: 309).

¹⁴ *Ibid.*: 322. Los diccionarios árabes transmiten en una versión más cruda las palabras de una mujer al marido que parte: *iḥmil ḥiraka aw da* ‘llévate contigo la vulva que te pertenece, o déjala libre’ (Al-Fayrūzābādī s. a.: vol. I, 601).

¹⁵ Vid. al respecto Corriente (1997a: 155 y n. 38).

De manera que el cordón del que la niña pide se tire es el de sus zara-güelles, para soltarlos, y el extraño *acitrón* es el aumentativo romance de la palabra andalusí *sattár*, que significa ‘discreto, modoso’, para provocar zahiriendo al amante tímido, que no toma la iniciativa, ni la secunda con la deseada diligencia. Otras veces, ese raro *acitrón* es sustituido por *alirón*, que aquí no viene a cuento, aunque es también voz de origen árabe, con la que se anunciaban las subastas y otras novedades de interés público, de donde nos viene el actualísimo futbolero «¡alirón, alirón, el Atleti campeón!», o sea, ‘¡se anuncia, se anuncia!’ . Ya no podemos estar tan seguros de si, en la variante «*arrión*, trencilla y cordón, cordón de Valencia, etc.», lo que la impaciente pide es un tironazo violento que arríe, o sea, la despoje rápidamente de los impedimentos de ropa, o si son meramente voces sustitutorias deturpadas, realmente sin sentido. Lo cierto es que la vigilancia moral era mucho más estricta en el periodo morisco que en la edad de oro de Alandalús, las Taifas, cuando las libertades de conducta parecen haber estado mucho menos restringidas la mayor parte del tiempo; y ello hace que después las expresiones sean mucho más discretas y claras solo al iniciado, que ya sabe cómo las gastaban las y los amantes de Alandalús, a juzgar por el testimonio de los poetas llamados «procaces» (*muğğān*). Sabemos que el cordobés Ibn Quzmān fue una vez a la cárcel por sus atrevimientos poéticos, de la que le sacó un príncipe almorávide, amigo o admirador, que le libró de una ejecución por la inquisición islámica, pero podemos afirmar que bajo su hijuela cristiana no habría escapado de la hoguera por tanta irreligiosidad e inmoralidad pública ufanamente proclamadas.

De hecho, los mensajes pueden ser lo bastante crípticos como para no ser claramente descifrables: esto es lo que sucede con la canción que dice:

Mi abuelo tenía un huerto,
que criaba muchos nabos,
tralará [...],
también tenía un borrico,
que llevaba al mercado,
tralará [...],
le salieron dos gitanos,
tralará [...],
le robaron el borrico,
y le dejaron los nabos,
tralará.

Aquí la frase árabe andalusí está bastante clara, *tará lalláh* ‘mira, por Dios’, pero los motivos visibles o disimulados no lo están. Habituales cho-

ques en los caminos entre arrieros moriscos y gitanos errantes, de los que hubo gran afluencia en el siglo XVI, no extrañan, pero la simbología de asno y nabos, a menudo relacionados con el miembro viril, no pasa de ser una posibilidad, como lo es que el *tricotí* del estribillo de la «chata Mirigüela» refleje una bravata de poeta andalusí, *tarí qúwwati* ('mira qué expresividad la mía').

Algunas veces el entorno morisco era más atrevido o temía menos a la Inquisición por algún motivo, como podía ser la protección que algunos señores daban a sus súbditos contra ella, de manera que nos encontramos con voces que podían ser tildadas de inmorales, y expresiones que habrían parecido heréticas y traído funestas consecuencias a los autores o cantores. Este parece ser el caso de la canción infantil que lleva el estribillo «¡Ay, chúngala, cata ca chúngala, ay chúngala, cata, cachón!», con que terminan todas las estrofas, tras la primera que dice:

Anoche me salió un novio
y lo puse en el fogón;
el gato se lo ha comido,
creyendo que era un ratón,

donde la moza proclama su escaso aprecio por el novio oficial, impuesto por la familia, pues prefiere gobernar sus propios amoríos, como en el eufemístico dicho andaluz *En mi cuerpo y mi zaranda, nadie manda*. La copla termina con una estrofa que revela la conocida, y habrá que decir, justificada falta de fe de los moriscos en los santos y sus milagros, y eso que por mucho menos se acababa en la hoguera:

Dicen que Santa Teresa
cura a los enamorados;
la Santa será muy buena,
pero a mí no me ha curado.

No es un mero resabio anticristiano de moriscos: es sabido que la razonable desconfianza en la eficacia de los remedios religiosos contra los males de amores formaba ya parte de la tradición liberal de los autores y medios que producían las *harağāt*, una de las cuales (la núm. 30 de la serie árabe) dice, una vez corregida la mala traducción que ha circulado por décadas: «Madre, la sura *Yāsīn* [del Corán] no sirve para la locura [de amor], sino que, si voy a morir [de esta], tráeme como jarabe a Abū Ğa'far, y así sanaré» (*vid.* Corriente 1988: 197-198). He aquí, pues, una tradición andalusí más no abandonada en estos contextos, y lo mismo puede decirse

de ese estribillo que, en nuestra interpretación, es subido de color y bilingüe, respondiendo al árabe andalusí «*ay šúnn walláh*, cata qué *šúnn walláh*, cata qué *šúnn*», o sea, ‘¡Qué regazo, por Dios, mira qué regazo, por Dios, mira qué regazo!’ , donde *regazo* es, naturalmente, eufemismo por zonas más bajas. Elogio que hoy nos puede parecer algo grosero, pero en perfecta consonancia con el cejel 142 de Ibn Quzmān, donde también se junta la rechifla de la religión con la procacidad, según tradujimos: «Su talle es tan flaco como mi fe, mas son las caderas cual Gibralfaro, y en torno ves el hoyuelo del higo, por debajo» (*vid.* Corriente 1996: 336).

Pero lo que roza el milagro, dentro de lo inverosímil o, al menos, muy improbable en el contexto de estos mensajes de siglos pasados, que nos advierten del absurdo de creernos libres o alejados de nuestro segundo componente cultural, es lo que hemos descubierto muy recientemente en una canción, esta vez no infantil, pero sí universalmente conocida en nuestro país, cuyo estribillo reza «*A la lima, al alimón*, que te vas a quedar soltera». ¿Qué hace ahí una *lima*, fruta o herramienta? ¿Qué es el *alimón*, del que los diccionarios nos dicen que es hacer algo entre dos personas, en particular, torear? Nuestros académicos, incluso algunos arabistas que lo han sido, aunque nunca simultáneamente lingüistas, no han podido jamás desentrañar tales misterios, por mala suerte o escasa convivencia con los niveles bajos de las cocinas de la cultura árabe-islámica. Se trata sencillamente de la fórmula, en árabe clásico, como lo requería la función oficial, de los pregoneros andalusíes hace ya bastante más de mil años: *alā ‘alima l’ālimūn* ‘¡ea!, sepan cuantos han de saber...’. Lo confirma, por si alguien lo dudara, alguna otra canción popular como la que dice «*alalimó, alalimó*, que se rompió la fuente». Es obvio, por otra parte, que el juego de niñas llamado *alalimón*, en que actúan cogidas de la mano, repitiendo esta voz, con la que anuncian varias cosas, es el origen de la expresión «toreo *al alimón*», donde ya no se anuncia nada, y de ahí, el hacer algo *al alimón*, o sea, en pareja.

Concluimos, para no alargarnos en lo que trata de ser ligero y no aburrir, diciendo que compartimos con Portugal la singularidad, única en Europa Occidental, de ser al mismo tiempo, en muchas cosas y para muchas cosas, casi todas positivas, latinos y medio-orientales. Es nuestra herencia, porque lo decidieron hace muchos siglos nuestros antepasados, cristianos, judíos o musulmanes más o menos convencidos, pero todos voluntariamente partícipes durante siglos en una misma cultura, alta y baja, que se expresaba fundamentalmente en árabe y que a la misma restante Europa le abrió las puertas de su brillante futuro, las del Renacimiento y la Ilustración, y a

nosotros, particularmente, esta tan peculiar hacia nuestra cultura popular. Que lo sepamos entender, apreciar y aprovechar es otra cosa, y depende mucho de la inteligencia y talante de cada cual: lo que no puede haber es pretensión de ignorarlo, sin sentar plaza de ignorante, porque se nos pone delante de los ojos a cada paso si no los cerramos, y entonces tropezaremos.

No confundamos el obligado reconocimiento de la verdad histórica con su contrario, el celo misionero y mendaz que propugna la aceptación incondicional de cualquier fe y el abandono de la razón. Los ilustrados hemos siempre de estar más de acuerdo con Voltaire que con ninguna nostalgia de la antirrazón pero, precisamente en cuanto tales, debemos decir que, si esencialismo y racismo son absurdos y desentonan en cualquier lugar del mundo, en la Península Ibérica, además, son ridículos y contrarios a lo que hace muchos siglos, incluso milenios, es nuestra esencia y nuestra peculiar «raza». Aquí vinieron y se quedaron todos: el fenicio y otros cananeos, el griego, el romano, el germano, el árabe y el bereber, y no hemos terminado. Quien lo dude, dese una vuelta por algunas zonas de nuestro país y barrios de nuestras ciudades, o por la trastienda de las lenguas y culturas hispánicas, y verá que el proceso continúa y sigue produciendo consecuencias. O recuerde que Andalucía, o sea, Alandalús, y Egipto son las dos únicas regiones del mundo que pueden blasonar de tener nombres procedentes de la primera lengua que tuvo escritura, hace cinco mil años, y que seguramente existía ya hace diez mil, la lengua egipcia en la que *Alandalús* quiere decir ya, sintomáticamente, ‘el Sur de Occidente’ (*vid.* Corriente 2008b).

Nuestra inequívoca y fundamental pertenencia a Occidente no requiere que reneguemos de otros ingredientes importantes de nuestra cultura y personalidad, con un dañino empeño en no superar al menos el aprobado en esa asignatura pendiente que tenemos con la vecina cultura medio-oriental.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Al-Fayrūzābādī (s. a.): *Lisān al‘arab almuḥīṭ*, Beirut, Dār Lisān al‘arab.
- Binšarīfa / Bencherifa, Mohammed (1971-1975): *Proverbes andalous de Abū Yaḥyà Azaḡḡālī*, Rabat, Impr. Mohammed V.
- (2006): *Tārīḥ al‘amṭāl wal‘azḡāl fi l‘andalus walmaḡrib* [*Historia de los refranes y los cejeles en Alandalús y Marruecos*], Rabat, Almanhil.
- Corriente, Federico (1971): *Problemática de la pluralidad en semítico. El plural fracto*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- (1988): *Poesía estrófica (cejeles y/o muwaššahāt) atribuida al místico granadino Al-Šuštari (siglo XIII d. C.)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

- (1993): «Expresiones bajo tabú social en árabe andalusí y sus relaciones con el romance», *Vox Romanica*, 52, 282-291.
 - (1996): *Cancionero andalusí*, Madrid, Hiperión, 3.^a ed.
 - (1997a): *Poesía dialectal árabe y romance en Alandalús*, Madrid, Gredos.
 - (1997b): *A Dictionary of Andalusí Arabic*, Leiden-New York-Köln, Brill.
 - (2000): «Arabismos peculiares del judeo-español (de Salónica)», *Estudios de Dialectología Norteafricana y Andalusí*, 4, 65-81.
 - (2003 [1999]): *Diccionario de arabismos y voces afines en iberorromance*, Madrid, Gredos.
 - (2008a [2003]): *Dictionary of Arabic and Allied Loanwords. Spanish, Portuguese, Catalan, Galician and kindred Dialects*. Versión inglesa, ampliada y corregida, de Corriente (2003), Leiden-Boston, Brill.
 - (2008b): «The Coptic loanwords of Egyptian Arabic in comparison with the parallel case of Romance loanwords in Andalusí Arabic. The true Egyptian etymon of Al-Andalus», *Collectanea Christiana Orientalia*, 5, 59-123.
 - (2010): «Los arabismos de *La Lozana Andaluza*», *Estudis Romànics*, 32, 51-72.
- Eguílaz, Leopoldo de (1886): *Glosario etimológico de las palabras españolas [...] de origen oriental*, Granada, La Lealtad.
- García Gómez, Emilio (1977): «Una prueba de que el refranero árabe fue incorporado en traducción al español», *Al-Andalus*, 42, 375-390.
- Granja, Fernando de (1984): «Tras las reliquias de Roa», en *Estudios sobre el Siglo de Oro. Homenaje a Francisco Ynduráin*, Madrid, Editora Nacional, 253-264.
- Kiesler, Reinhard (1994): *Kleines vergleichendes Wörterbuch der Arabismen im Iberoromanischen und Italienischen*, Tübingen, Francke.
- Martínez Kleiser, Luis (1953): *Refranero general ideológico español*, Madrid, Real Academia Española.
- Nehama, Joseph (1977): *Dictionnaire du judéo-espagnol*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Viguera, M.^a Jesús y Federico Corriente, eds. (1981): *Crónica del califa ‘Abdarrahmān III an-Nāṣir entre los años 912 y 942 (al-Muqtabis V)*. Prólogo de José M.^a Lacarra, Zaragoza, Anubar-Instituto Hispano-Árabe de Cultura.